



Mellizo Doble

Niño de Elche canta. Israel Galván baila. Normalmente la experiencia del flamenco aparece como humana, demasiado humana. Sin embargo, cuando arde el teatro y la piel y la carne se consumen vemos debajo el esqueleto de dos máquinas. Hay precedentes: la máquina de trovar del joven Meneses, el baile con motores de Vicente Escudero, las imágenes concretas de Val del Omar. En realidad, el flamenco es hijo de la era de las máquinas y empezó con el motor de vapor, la fábrica de textiles y el ferrocarril, acompañante a contrapelo de la revolución industrial. Por eso el malentendido entre texto y acontecimiento: donde el público ve espontaneidad hay un lenguaje estricto y reglado.

Esta emoción solo es capaz de producirla una máquina. Y esa es la idea, hacer bailar al público no es otra cosa que introducirlos, hacerlos participe de la maquinaria del concierto. En competencia abierta con la técnica, como hizo Escudero con las dos dinamos eléctricas, se trata de eso, de demostrar que la sangre, el sudor y las lágrimas también son una experiencia cyborg, afectos que comparten humanos y máquinas.



Concepción y co-dirección artística
Israel Galván & Niño de Elche

Coreografía y danza
Israel Galván
Música y cante
Niño de Elche

Dirección técnica, espacio escénico
Pablo Pujol

Diseño sonido

Pedro León, Manu Prieto

Diseño iluminación

Benito Jiménez, Ruben Camacho

Regiduría

Balbi Parra

Management

Rosario Gallardo

Distribución

Austin Rial Eshelman (Rial & Eshelman)

Producción

IG Company

con la colaboración de

Teatro Conde Duque Madrid
e **INAEM**



Israel Galván es artista asociado del Théâtre de la Ville – Paris

fotos ©Kana Kondo | Reiner Pfisterer

Melancolía y utopía

texto de Pedro G. Romero

Israel Galván y Niño de Elche. Niño de Elche e Israel Galván. No sólo por el flamenco, la danza contemporánea o la música popular, estos dos, los que encabezan estas líneas, seguramente, son dos de los artistas más singulares, también importantes, que alguien pueda encontrar en España. Sus universos simbólicos son capaces de estimular un lenguaje propio, crean mundos y los proyectan. Sería “tonto como un flamencólogo”, que decía Marcelo del Campo, si tan sólo señalara el increíble compás en lo pies de Galván o la paleta de melismas en la garganta del de Elche, los dos llevan esas herramientas características del flamenco al más allá, al virtuosismo de lo negativo: negándolo, el flamenco amplía su territorio cada día más.

Ahora, se juntan de nuevo y hacen del encuentro, encontronazo. Casi un combate, una lucha de gigantes, pelea de titanes y sólo están los dos. No hay más. Quiero decir, ni dramaturgia, ni pautas, ni partituras. Los dos con sus potencias que empiezan a poner en relación, a llevar a los límites. Una de las cosas que ambos deben al flamenco es la posibilidad de recuperar la expresión, la transmisión de una subjetividad sin límite, que, gracias al campo flamenco, como digo, pueden usar descolonizada, libre de los filtros que impone la mecánica del capitalismo en que nos toca vivir, esa que convierte cualquier singularidad del vivir en mercancía, en espectáculo. Aquí no, aquí es otra cosa.

Israel Galván. Niño de Elche. Son dos nombres que ya son dos marcas. Dos modos de hacer que tienen que ganarse los escenarios, los festivales, las casas de discos, las redes sociales, los instagranes y los facebookes en que se expande el arte de nuestro tiempo. Cómo decía Guy Debord de los gitanos, son vidas que sin presentar resistencia al capitalismo se dejan atravesar por este de manera que esta máquina de muerte no les cambie su forma de vida. Eso se ve, se escucha, se palpa en los sudores que provocan estos dos. No es extraño, entonces, que los insultos y los aplausos se confundan en una maravillosa banda sonora para sus trabajos, sus carreras, sus vidas. Ahí se han bragado, ese ha sido su entrenamiento, su sala de ensayo y de hay toman espadas, pistolas y castañuelas para su diálogo. Porque esta lucha es, también, claro, una conversación. Estos dos están hablando entre ellos y asistir en directo a su conversación es un privilegio.

Te sientas ahí, en tu butaca y ves a dos monstruos hablar. Es curioso, la jerga del género, el habla de los flamencos –y de ahí ha pasado al español general- utiliza la palabra “monstruo” es un sentido doble, positivo y negativo según cada vez. Un monstruo es un artista tan grande que no hay calificativos para él. Se empiezan a poner atributos, elogios y piropos y lo que sale es una suerte de Frankenstein, pedazos de cosas maravillosas que acaban de erigir una estatua que asusta. Asusta y levanta admiración, dos caras de la misma moneda. La monster theory propone admitir términos opuestos

en una misma figura y sin contradicción. "Paso la vida pensando en lo bueno y lo malo...", que cantaba Ray Heredia. Pues ese es otro mérito de estos dos. Lo que repele, en sus manos, resulta atractivo y lo que nos encanta, ellos se encargan de banalizarlo y mostrarlo como algo fútil y cursi, algo ridículo. Y a esto que estoy diciendo, denles ustedes la vuelta. Lo sublime y lo siniestro en un intercambio interminable. Arriba y abajo, a derecha y a izquierda. Todo, durante hora y pico, va cambiando ante nuestros ojos. Todo se transforma.

Pensemos en una especial forma de travestismo. Porque en un momento dado y antes nuestros ojos, Niño de Elche se transforma en Israel Galván y al contrario, Galván se hace de Elche. No se trata de disfrazarse de nada, es más bien canibalismo, antropofagia. El de Elche coge por los pies a Galván y se lo traga como hace el oso con la alimaña. Y desde las tripas Galván, literalmente galvaniza a la bestia que se lo ha tragado y en su digestión los líquidos biliares se petrifican. Y esa piedra es un arma y se convierte en el punto con el que una palanca es capaz de mover el mundo. Sí, hay algo titánico en este encuentro, algo hipertrofiado e hiperbólico. Pero también son dos amigos paseando, gastándose bromas, queriéndose en amigable conversación. Ser capaz de recibir estas dos cosas a cambio de una modesta entrada, no, eso no pasa todos los días.





Israel Galván

Israel Galván de los Reyes, Premio Nacional de Danza 2005 en la modalidad de Creación, concedido por el Ministerio de Cultura, “por su capacidad de generar en un arte como el flamenco una nueva creación sin olvidar las verdaderas raíces que lo han sustentado hasta nuestros días y que lo constituye como género universal”, En 2012 se le concedió el Bessie Award for an Outstanding Production, de New York, y la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes concedida por el Consejo de Ministros. Hijo de los bailaores sevillanos José Galván y Eugenia de Los Reyes, desde los cinco años vive de manera natural los ambientes de tablaos, fiestas y academias de baile a los que acompaña a su padre. Pero no es hasta 1990 que encuentra su vocación por el baile.

En 1994 entró a formar parte de la recién creada Compañía Andaluza de Danza dirigida por Mario Maya, comenzando una trayectoria imparable jalonada de importantes premios del flamenco y la danza.

Ha realizado numerosas colaboraciones en proyectos de muy distinta índole y con artistas muy dispares, entre los que destacan como referentes en su carrera Enrique Morente, Manuel Soler y Mario Maya, sin olvidar a Sol Picó, Pat Metheny, Vicente Amigo, Alfredo Lagos, Manuela Carrasco, Lagartija Nick, Fernando Terremoto, Miguel Poveda, Diego Carrasco, Gerardo Nuñez, Belen Maya, Chicuelo, Joan Albert Amargós, Diego Amador, Arcángel, Inés Bacán, Estrella Morente...

En 1998 presentó ¡Mira! / Los Zapatos Rojos, primer espectáculo de su propia compañía, alabado por toda la crítica especializada como una genialidad, supuso una revolución en la concepción de los espectáculos flamencos.

Desde entonces se suceden: La Metamorfosis (2000), Galvánicas (2002), Arena (2004), La Edad De Oro (2005), Tábula Rasa (2006), Solo (2007), EL Final De Este Estado De Cosas, Redux (2008), La Curva (2010) y Lo Real / Le Réel / The Real (2012), una particular reflexión sobre el holocausto gitano bajo el régimen nazi, por la que, en mayo de 2014, recibió 3 premios Max de las Artes Escénicas: Mejor Espectáculo de Danza, Mejor Coreografía y Mejor Intérprete Masculino de Danza. También creó La Francesa y Pastora para su hermana Pastora Galván.



Niño de Elche

El Niño de Elche nació en Elche en 1985 el seno de una familia procedente de Granada. Comenzó su trayectoria como cantaor de flamenco a una edad muy temprana, participando en diferentes concursos, aunque pronto comenzó a interesarse por otros ámbitos artísticos, como el rap o la performance, y por el activismo social.

Ha sido ampliamente considerado por la crítica como uno de los mayores renovadores actuales del flamenco, aunque se ha manifestado igualmente que su trabajo es difícilmente clasificable dentro de un solo género. Además de mezclar géneros musicales como jazz o electrónica, su trabajo también se vincula a otras disciplinas artísticas, como la performance, y destaca por colaboraciones con el audiovisual, la poesía o la danza, habiendo creado trabajos conjuntos con creadores como Isaki Lacuesta, Israel Galván, Los Planetas, Miguel Álvarez Fernández y Refree, entre otros. En 2019 se unió a Los Planetas en el proyecto colaborativo Fuerza nueva, que dio lugar al álbum homónimo. Ese mismo año participó en el álbum Ni tan joven, ni tan viejo, disco tributo a Joaquín Sabina en el que participaron 38 artistas versionando canciones del cantautor español, entre ellos Fito Cabrales, Alejandro Sanz, Serrat o Amaral. En él interpretó una versión de «Cerrado por Derribo» junto a GuitarricadelaFuente.